

des el nombre de esclava. ¡O verdadera esclava del Señor, que jamas faltó al cumplimiento de su divina voluntad! Jamas, ni por pensamiento, palabra ni obra resistió á su querer: jamas faltó á su servicio, ni con el mas mínimo átomo de pensamiento faltó á darle gusto. Cuanto mayor, mas alta y mas gloriosa, tanto mas pequeña, mas baja y mas humilde en sus ojos. Mas (¡ó soberana Princesa María!) aunque vos os apellideis esclava, Madre sois, Reyna sois, Señora sois, y la mas alta de todas las criaturas de Dios: la mas feliz, la mas dichosa, la mas gloriosa, la mas esclarecida y excelente de todas. Acordaos, pues, (¡ó clementísima Reyna!) de los que somos esclavos, no del Señor, ni vuestros, porque esta fuera suma gloria nuestra: de ella blasonaba vuestro santísimo Hijo por boca de su profeta. ¡O Señor! decia, que yo soy vuestro esclavo, é hijo de vuestra esclava;* y así, suma gloria nuestra fuera ser esclavos del Señor y vuestros: del mundo, del demonio y de la carne nuestra lo somos, por nuestros vicios, y por nuestras vanidades. Acordaos de nosotros, miserables pecadores, y hacednos dignos esclavos vuestros y de vuestro Hijo clementísimo nuestro Señor, para que merezcamos gozaros entre los de vuestra casa y familia, que es la misma casa y familia de Dios.

44. Considera en el gozo que nuestra Señora tuvo cuando sintió al Hijo de Dios hecho hombre en sus virginales entrañas. ¿Mas quién será bastante á explicar la grandeza excesiva de los gozos que en aquella hora tuvo nuestra Señora? ¿Quién podrá contar, ni ponderar la alegría, la dulzura, la suavidad y las delicias de su alma en aquella ocasion? ¿Quién la llama y el incendio de amor que se levantó en su corazón? ¡O arca soberana de Dios vivo! ¡O templo vivo de Dios hombre! ¡O tálamo real del esposo de las almas! ¡O urna divina, llena del maná del cielo, y vaso de santificacion, lleno del bálsamo soberano, que sana todas las enfermedades del mundo! ¡O riquísima y poderosísima Señora! Pues vos teneis toda la gracia, todos los dones, riquezas y grandezas de Dios, acordaos de los pobres pecadores, llenos de todos los males y miserias, y vacíos de todos los bienes, y acudid como piadosa al remedio de tanta necesidad.

45. Considera como el ángel adoró al Señor, y luego (como contemplan muchos) partió al limbo lleno de alegría, di-

* Psalm. 115.

ciendo: gozaos, santos padres: alegraos, justos, que ya aquella doncella, de quien habeis profetizado habia de concebir al Mesías, ya le tiene en sus entrañas: ya está Dios hecho hombre: ya está en el mundo vuestro libertador. ¡O qué gozo! ¡Qué alabanzas darian estos santos padres á la inefable, beatísima y santísima Trinidad! Démoselas nosotros tambien, pues para nuestro remedio encarnó el Verbo divino en las purísimas entrañas de María santísima nuestra Señora.

SEGUNDO MISTERIO.

De la Visitacion de Nuestra Señora á Santa Isabel.

46. CONSIDERA en la visita que hizo nuestra Señora á Santa Isabel su prima. Y lo primero has de suponer con San Ambrosio sobre las palabras del sagrado evangelista, que nuestra Señora no se movió, ni por afecto, ni inclinacion natural, ni menos por otro fin temporal para hacer este viage, porque todo eso fuera liviandad é imperfeccion, la cual ni aun imaginarse puede en las obras perfectísimas, y santísimas de esta gran Señora: por especial impulso y mocion del divino Espíritu se determinó, dice el mismo santo.* Y así considera en aquella palabra: levantándose María, fué aprisa. No atiendas que María santísima, cuando se determinó á ir, estaba ni sentada, ni acostada, sino en oracion, recogimiento y quietud: se levantó á acudir al socorro espiritual de aquellas almas. De Abraham se lee, que estaba sentado á la puerta de su tabernáculo† al fervor del sol, y así que llegaron tres ángeles á hospedarse en su casa, al mismo punto se levantó y se fué á Sara para disponerles un refresco. Al fervor del sol, inflamada en divino amor María santísima, estaba entregada á la contemplacion y oracion: entró aquel divino huesped, el Hijo de Dios en su tabernáculo, y al mismo punto se levantó, y trató de subir á las montañas á preparar un refresco al fuego divino que habia bajado á la tierra en la santificacion del Bautista, en la jus-

* S. Ambros. lib. 2. in Luc. cap. 1.

† Genes. 78.

tificacion de Isabel y Zacarías, que con solas estas obras se templa el ardor y la llama de caridad del Verbo humanado. Este es el fin que la lleva á las montañas: este el que la saca del recogimiento y oracion. Aprende, alma, á no dejar tus egercicios por cosa alguna de esta vida: solo por Dios, tal vez, puedes levantar algo la mano; pero ha de ser con particular influjo del Espíritu Santo, probado por el padre espiritual.

47. Considera cómo lo primero que el santo evangelio dice y escribe, despues de explicado el misterio de la encarnacion, es el que María santísima dejó el retiro y quietud de su casa, y subió á las montañas de Judea, para que conozcas por aquí (dice San Ambrosio,) que cuando el Señor viene á una alma, no viene para tenerla ociosa, sino para que levantándose del ocio y descanso, trate de subir por el egercicio de las virtudes al cielo. Este es el camino de aquellos (dice el santo,) que estando llenos de Dios, porfian por subir á la altura de la perfeccion, y para eso dejan lo mundano, huyen de lo bajo, desprecian lo terreno, renuncian el descanso, y por el trabajo procuran subir á las virtudes, y avecindarse en el cielo. Son como los ciervos (dice David,) que conociendo que en los llanos, en los campos y en los valles corren riesgo y peligro de los cazadores, á toda diligencia se suben á los montes, y no paran hasta la cumbre mas eminente y levantada. Así en el alma que concibe á Dios, es llama en que arde el divino amor; y como esta, cuando se enciende luego tira arriba, y cuanto mas crece, mas sube, así el divino amor, en encendiéndose en el alma, luego la levanta á la perfeccion; y cuanto mas crece en el corazon, mas se levanta el alma. Es como el aceite que se derrama el amor del esposo de las almas: y como el aceite no puede sujetarse debajo del mar, ni de otro licor, sin que al punto suba sobre todo; así este soberano Señor, que como aceite lo derramó la caridad en el mundo, no sufre estar debajo de sus aguas, ni de sus deleites; luego sube arriba, y levanta consigo el corazon en quien está. Saca de aquí un desengaño para la contemplacion, y aborrece la quietud perniciosa de los quietistas, que quieren con la ociosidad componer el divino amor; y estando debajo de los deleites de la sensualidad, sin querer el egercicio áspero de la virtudes, presumen han de subir á la union con Dios; mira no te tiente el demonio con semejante engaño.

48. Considera en la humildad de nuestra Señora, y piensa quién á quién va á visitar, y servir: María santísima á Santa Isabel: María sacratísima, ilustrísima en sangre, de real descendencia, nobilísima por su persona, por inmediata descendencia de reyes, y gloriosos príncipes, y en la línea espiritual la mas pura, la mas esclarecida, la mas santa de todas las criaturas, Madre de Dios, Reyna de los ángeles, Señora del mundo, y Emperatriz soberana de cielo y tierra. Esta gran Señora va con trabajos, á pie, y como pobre, á ver, á asistir y servir á una criatura tan inferior suya, cuanto lo es una estrella comparada con todos los cielos. Atiende y considera esta humildad, y advierte, que es la primera virtud en que la hallamos egercitada, despues de la concepcion del Verbo, y se humilla, y humillándose, sube: por la humildad subirás, por la soberbia caerás. Viene el Señor á levantar las almas, no á todas, sino á las humildes: humíllate á todos, no ya á los mayores, que esa no es humildad; á los inferiores. Aprende de tu Señora, y procura imitarla en la obediencia, en la mortificacion, en la humildad y en la caridad, que todas estas virtudes resplandecen en esta consideracion.

49. Considera en el fervor de nuestra Señora. Dice el evangelio, que fué aprisa, con cuidado y diligencia. Acuérdate de lo que dice el Espíritu Santo: * maldito el hombre que hace con negligencia las obras del servicio del Señor. No así nuestra Reyna. Era tierna y delicada doncella, no acostumbrada á trabajos ni caminos; con todo, así que supo era aquella la voluntad del Señor, al mismo punto parte, sin que ni la ternura de edad, ni la delicadeza del cuerpo, ni el recato humilde de su virginal recogimiento, ni el rubor de las gentes, ni lo prolijo de los caminos, ni lo áspero de los montes, ni las incomodidades de la pobreza, ni los frios, ni los vientos, ni los calores fueran poderosos para detenerla, ni entibiar un solo punto su diligencia y cuidado. Sale, y camina con presteza; ¿pero cómo camina aprisa, llevando al Hijo sacratísimo en sus entrañas? Todas las madres sienten el peso de los hijos mientras los cargan en sus gremios, y por eso son tardías en sus movimientos y acciones. Mas, ¡ó Reyna del mundo! que aunque llevan vuestras purísimas entrañas al que es mayor que todo lo criado,

* Jerem. 48.

con todo vais ligera, sin peso ni carga; que eso tiene el concebir de Dios, y el concebir de la carne: que el que mas tiene de Dios, este está mas ligero, ágil y pronto para todo lo que es de su sevicio; y el que mas tiene de carne, ese está mas pesado y torpe. Procura concebir mucho de Dios en la oracion y consideracion de su vida santísima, y la prontitud para correr y egercitar con presteza lo que es de su agrado, esa será grande testimonio de que le tienes contigo; y la tibieza y tardanza para servirle será argumento de que concebiste carne, que como es corruptible, agrava al espíritu. Procura aligerarte, para seguir á tu Señora.

50. Considera cómo entró en casa de Zacarías, y saludó á Santa Isabel. No dice que saludó á Zacarías; porque como dice San Alberto, estaba mudo y sordo: saludó á quien oía y tenia consigo á Juan, que es gracia; saluda á quien la saluda, á quien no se hace sordo á sus saluciones. Y advierte en que saluda primero nuestra Señora á la santa, y en que fué la causa el ser María santísima la mas humilde de todas las criaturas, y así sobresale en todas sus acciones y palabras esta virtud. Con todo, bien puedes considerar, que todo fué misterio, porque como dice San Buenaventura,* el saludar de María santísima nuestra Señora, es dar salud, á diferencia de las saluciones humanas, que no la dan, sino la desean. Estaba el niño San Juan cautivo y enfermo con el contagio de la culpa original: quiso el Señor que saludase primero nuestra Señora á la santa, porque quiso santificar por medio de la salutacion al Bautista, y disponer á Santa Isabel para que luego saludase á su madre dignamente. Dicen Beda y Cayetano, habia de estar con Santa Isabel nuestra Señora, habian de hablar y conversar juntas. Santa Isabel necesitaba mucha luz y gracia para dignamente tratar á María santísima: habian de estar con las madres los hijos que estaban en sus entrañas. El niño Juan estaba con las tinieblas del pecado y culpa original: pues hable primero mi Madre, dice Cristo Señor nuestro: salude primero, que á la voz de su salutacion huirá el pecado, entrará el Espíritu Santo con su gracia, llenará al Bautista, y llenará á Santa Isabel, y con eso podrá mi Madre estar con Isabel, y Yo con el Bautista. ¡O cristiano! Advierte que dice San

* D. Buenavent. in Pref.

Alberto Magno,* que María santísima saluda á los que la saludan. Salúdala en su santísimo Rosario ciento y cincuenta veces cada dia: ¿cuántas veces te saludará por ellas esta Señora? ¿Piensas tú que habrá otra tan cortes, tan benigna, tan humana y atenta criatura? ¿Pues si tú la saludas con reverencia y humildad cada dia ciento y cincuenta veces, no te ha de corresponder? Y si te saluda ciento y cincuenta veces, y el saludar de María santísima, como dice San Buenaventura,† es dar salud, hacer bien y comunicar favores; ¿qué salud, qué bienes y favores no hará á tu alma, si la saludas cada dia ciento y cincuenta veces? Mira una sola vez que saludó á Santa Isabel, la llenó de luz, de gracia y dones soberanos, y al Bautista de gracia, de fé y santidad; ¿pues qué hará á quien la saludare muchas? Esmérate en la pureza del alma, para saludarla dignamente, y tú verás por experiencia los favores que recibes. Y si me dices que ha muchos años que la saludas, y que no has experimentado nada, te respondo á eso, que es engaño, que si tú supieras los males de que ta ha librado, y los bienes que te tiene guardados, no pensáras en eso: sino es ya que no halla esta Señora á tu alma vacía de mundo y de los vicios, y por eso no te da lo que á otros,‡ porque ya sabes que el echar un licor en un vaso lleno es derramarlo. Desocupa el corazon, y te lo llenará.

51. Considera cómo Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, prorumpió en alabanza de María santísima, y clamando en voz muy alta, le dijo: *bendita tú entre las mugeres, y bendito el Fruto de tu vientre.* Pondera lo primero, que para alabar á María santísima, prorumpió en clamorosas voces; lo uno, porque como por la luz del Espíritu Santo, de que se sentia llena, conoció la dignidad altísima de María soberana, como asombrada de ver ante sí una maravilla tan grande, por eso dió aquel clamor, que fué hijo de la admiracion y asombro que le causó el conocer la grandeza de nuestra Señora. ¡O si nosotros juntáramos la consideracion de las prerogativas de esta gran Señora con sus alabanzas! ¡Qué fervorosas, qué vivas y devotas salieran de nuestras bocas las Santas Ave Marías! Pero como les falta esa consideracion, por eso salen tan tibias, tan apagadas, que parecen voces de quien está agonizando. Lo segundo exclamó, y alabó á María santísima

* De Laud. lib. 1. cap. 2.

† Ubi sup.

‡ Psalm. 80.

ma en alta voz; porque las prerogativas de María santísima y las de su santísimo Hijo á voces se han de publicar, y á grandes voces. Y si no, atiende á aquella piadosa muger, que habiendo conocido la grandeza del Señor por las maravillas que obraba, quiso alabar al Señor y á su Madre santísima,* y levantando la voz en medio de la multitud, dijo á gritos: *bienaventurado el vientre en que anduviste, y los pechos que te alimentaron.* Ves aquí dos, que llenas del Espíritu Santo, á voces alaban á María santísima y á su sacratísimo Hijo; y advierte cuán santa cosa es alabarla á voces en su santísimo Rosario, cosa que tanto extrañaron algunos.

52. Considera cómo el Espíritu Santo dictó al ángel San Gabriel las primeras palabras del Ave María, y el mismo Espíritu divino inspira estas á Santa Isabel, para que conozcas son todas alabanzas dictadas por Dios, y las tengas en mucha estimacion, y hagas de ellas muy grande aprecio, y atiendas por esa razon, que son las mayores alabanzas que pueden darle á esta Señora los ángeles y los hombres: no son alabanzas inventadas por hombres, ni por ángeles: no son elogios compuestos ni por humana ni por angélica sabiduría, sino que el mismo Dios las dicta; y así por eso son superiores á cuanto pueden inventar y alcanzar hombres ni ángeles. No te canses pues de repetir las; ántes sí por estas razones has de procurar decirlas con grande reverencia, atencion y devocion. No sabian los hombres cómo habian de hacer oracion al Padre, y les dictó el Hijo las palabras y la oracion que habian de hacer, y esa conviene siempre orar, y jamas faltar á ella, que es la del Padre nuestro. ¿Quién podrá alcanzar ni entender la dignidad de Madre de Dios, que goza María santísima? Nadie; porque excede á toda humana y angélica capacidad. ¿Pues quién podrá de los hombres ni ángeles alcanzar con qué alabanzas se podia dignamente alabar? Nadie; y por eso las dicta el mismo Dios á los ángeles y á los hombres. ¡O dignidad altísima de estas dos excelentísimas oraciones! Juntanse entrambas en el santísimo Rosario; y así viene á ser la devocion del Rosario santísimo la mas alta, la mas santa y la mas admirable de toda la Iglesia de Dios. Mira si es digna de frecuentarse y rezarse incesantemente, no solo en secreto, sino á voces públi-

* Luc. cap. 11.

camente en las iglesias, que son casas de oracion, en sus casas propias, y en concursos numerosos por las calles.

53. Considera que habiendo alabado Santa Isabel á María santísima y á su santísimo Hijo, luego pasó á confesar la indignidad de su propia persona, conociéndose indigna de que la Madre del Señor la visitase; y así dijo: ¿de dónde á mí un tan grande favor? ¿De dónde á mí una tan grande dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme, cuando fuera estupendo favor el que yendo á verla, me diera entrada en su retiro? Considera estas palabras, que estan llenas de humildad y devocion. Lo primero, cómo no cabe debajo de humanos merecimientos el merecer los favores de esta Emperatriz soberana; y así Santa Isabel se encoge, y dice: ¿quién puede merecer el que la Madre de Dios favorezca á un pecador? Nadie. ¿Pues de dónde ó por dónde me vino á mí esta tan inmensa fortuna? ¡O bendita seas, Señora mia: bendito sea el Fruto de tu vientre santo! Todas las generaciones os bendigan y alaben, pues tan benigna, tan afable y tan humana sois, siendo tan alta, tan grande y tan divina. Considera lo otro en la humildad de la santa, que no dice: ¿de dónde á mí un tan grande favor, que vos, prima mia, siendo de todas maneras tan superior á mí en sangre, en nobleza, en hermosura, en virtud, en santidad de vida, en perfeccion y en dignidad, pues sois Madre de Dios, vengais á verme y visitarme? No dice así, sino: ¿de dónde á mí una dicha tan grande, que la Madre de mi Señor venga á mí? Como quien dice: ese Hijo que traéis en vuestras entrañas es mi Señor, y yo soy su indigna esclava; y siendo yo esclava indigna de vuestro Hijo, tambien, aunque indigna de serlo, lo soy vuestra; pues jamas se ha visto tal favor, que una tan grande Señora visite á una tan baja esclava; y no solo la visite, sino que venga de tan léjos, y con tantos trabajos é incomodidades y necesidades á servirla por favorecerla y honrarla. Saca de aquí un conocimiento verdadero, cómo con las alabanzas de esta soberana Señora anda junto el propio conocimiento y el de Dios y su Madre, y con estos conocimientos la profunda humildad y el desprecio propio, y el aprecio de Dios y de su Madre, que es la basa y fundamento de todas las virtudes. Alábala si quieres con humildad; porque hasta hoy no habrás visto á ninguno que sea verdadero devoto suyo que sea soberbio, vano ni presumido.

54. Considera mas las palabras de esta gloriosa santa.

Después de haberse confesado con profunda humildad indigna de los favores de esta gran Señora, prosigue mostrándose agradecida, y dice: así que llegaron vuestras palabras á mis oídos, el niño que tengo en mi vientre empezó á dar saltos de gozo y alegría. Como si digera: atended, Señora mía, los favores que habeis hecho á vuestra esclava, que los quiero confesar para gloria del Señor, y honra de vos, que sois su Madre. Sabed, que fueron tan poderosas vuestras palabras, que así que mis oídos las percibieron, no solo mi alma se halló favorecida de Dios, sino que el niño de mi vientre sacudia la esclavitud del demonio, que por el pecado original le tenia cautivo, está saltando de gozo y alegría de verse libre y en gracia de su Criador. ¡O bienaventurada vos, Reyna y Señora mía! Si tales efectos causaron en Juan las palabras vuestras: ¿qué tales serian los que obró en vuestro cuerpo y alma la palabra del Padre, cuando mediante la salutacion del ángel se hizo hombre en vuestras entrañas! Si tanto es el júbilo de mi alma, y tanto el gozo y alegría del infante que está en mi gremio, que yo no puedo contentarme sin dar voces, ni el infante puede sufrir el verse aprisionado en el vientre, donde no cabe de gozo y contento; ¿qué tal seria vuestro gozo? ¿Qué tal vuestra alegría y la grandeza de vuestros deleites, cuando sentisteis las palabras del ángel en vuestros oídos, y la palabra eterna en vuestras entrañas? ¡O bienaventurada vos, Señora, que no fuisteis incrédula á las palabras del ángel, como mi esposo Zacarías, sino que ilustrada con divina luz, creisteis que podiais ser Madre y Virgen pura: creisteis que el Verbo de Dios, que no tiene Padre en el mundo, podia tener Madre, y que esta, erais vos, de quien habia de nacer verdadero hombre, sin lesion de vuestra pureza, para remedio del mundo. ¡O bienaventurada vos, que véreis perfectamente cumplidas cuantas cosas el Señor os dijo! Aquí, cristiano, puedes considerar que se quedó Santa Isabel como absorta con el conocimiento de tantos misterios; y atiende á María soberana, que tambien estaba suspensa en una profunda admiracion, de ver cómo el Señor se daba á conocer á aquellas criaturas, y la infinita piedad y clemencia con que les comunica la luz y conocimiento de tan soberanos misterios.

55. Considera cómo absorta nuestra Señora, y toda puesta en Dios, abriendo aquella soberana boca, compuso y dijo en voz clara aquel divino cántico: “mi alma engrandece al

Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador. Porque miró el Señor la humildad de su esclava, por eso todas las generaciones me aclamarán por bienaventurada. Porque él es poderoso, y su santo nombre hizo para mí cosas grandes; y su misericordia se alargará de generacion en generacion para los que le temen. Ostentó el poder de su brazo, dividió á los soberbios en lo interior de su corazón, derribó del asiento á los poderosos, y levantó á los humildes. Recibió á Israel su siervo, acordándose de sus misericordias, así como lo dijo á nuestros padres Abraham y sus hijos por todos los siglos.” Este es el cántico de María santísima. Para que mejor lo entiendas, considera cada cosa de por sí, que en él hallarás grandes motivos de virtudes y alabanzas del Señor. Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, dice nuestra Señora. Estaba Santa Isabel alabando y engrandeciendo á María santísima, y esta gran Señora, como que responde á la santa, dice: *ninguna obra, por grande que sea, tiene que gloriarse, ni alegrarse de verse engrandecida; porque la grandeza y hermosura que tiene, es del artífice que la hizo, y la puso en ella; y así como la obra cuanto mayor es, tanto mas se engrandece el poder y sabiduría del artífice, así mi alma magnifica y engrandece al Señor que la hizo y engrandeció: conoce que todo lo que tiene digno de bendicion y alabanza, es del Señor. Hállase aclamada, bendecida y alabada, y no se apropia á sí misma esas bendiciones, esas magnificencias y alabanzas, ni quiere que paren en su alma, ni se detengan un punto en ella; sino que como van llegando, se las va dando al Señor, cuyas son, y á quien se deben. Aprende por estas palabras la fidelidad que debes á Dios: no te levantes á mayores con lo que es suyo: á él se debe toda la honra, gloria y alabanza, como á principio, fuente y origen de todo lo bueno. Si porque las criaturas ven en ti alguna cosa buena te alaban, y tú no acudes con la alabanza y estimacion á Dios, que puso en ti lo bueno, eres infiel y ladron, pues retienes lo que no es tuyo, y te levantas con lo ageno. Conoce que en ti no hay cosa buena que sea tuya, por la cual se te deba honra, estimacion ni alabanza: mucho malo, por donde se te debe el desprecio, las injurias y afrentas, sí. Y así si te vieres honrado y estima-

* Orig. hom. 8. in Luc.